



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

BOLETIN DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12084

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península. Un mes, 2 ptas. — Tres meses, 6 id. — Extranjero. — Tres meses, 11'25 id. — La suscripción se comienza desde 1.º de cada mes. — La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 19 DE DICIEMBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — Corresponsales en París, A. Lorette rue Oanmartin 61; y J. Jonas Panbourg-Montmartre 31

SOBRE CONSUMOS

El resultado de la subasta de consumos ha hecho renacer ciertos pensamientos que se manifiestan cada vez que se hace un nuevo arriendo y que no pueden ser mas erroneos.

El fenómeno no es nuevo y ha sido explicado diferentes veces; mas por una razon que no se nos alcanza, se repite cada vez que se subastan los consumos, ocurriendo con esto lo que ocurre con el movimiento de especies en zonas distintas aunque del mismo término.

La subasta que ahora se ha realizado ha dado un exceso considerable sobre el tipo, que irá ingresando en la caja municipal mensualmente; y la noticia, trascendiendo al vulgo, ha hecho nacer la idea de que los sacrificios del contribuyente crecieran en proporcion a la cuantía del arriendo; es decir, que á mayor cantidad recibida por el Ayuntamiento, correspondiera un aumento de derechos en las especies de consumos.

Esto no es cierto por fortuna. Cualquiera que sea la cantidad que satisfaga el arrendatario de consumos, no por eso se altera la tarifa. Esta está fijada de antemano en el reglamento que regula la cobranza del arbitrio y ni el Ayuntamiento que al concertarse se subroga en los derechos de la Hacienda, ni el Arrendatario que por serlo queda subrogado en los del municipio, tienen facultades para modificarla en el sentido de que las especies gravadas tributen por mayor cantidad.

Si la subasta se hubiese hecho por el tipo que fija el Ayuntamiento, éste no tendría el beneficio de la diferencia. Mas claro: si en la subasta se hubiese presentado un solo postor y ofreciera las 1.99.424 con 50 pesetas del tipo, se le habría adjudicado y las 571.650.50, dife-

rencia entre el tipo y el remate, habrían ido a sumarse á los beneficios del arrendatario. El contribuyente seguiría pagando, como pagara ahora y pagara siempre en tanto no se altere la tarifa, cantidades idénticas por la carne, el vino, el jabon y demas sustancias que pagan consumo; y el Ayuntamiento carecería de aquellos centenares de miles de pesetas que se irán transformando en mejoras y trabajo para la clase obrera.

Al hablar de este asunto no se enbuda que defendemos los consumos, no; ahogan demasiado y se cobran por procedimientos irritantes, debiéndose a éstos mas que a otra cosa su impopularidad. Pero hemos oido hablar de la subasta y de su resultado en el sentido de que las quinientas setenta y un mil pesetas de exceso sobre el tipo pesaran sobre el contribuyente y hemos creido que debíamos desvanecer el error.

Esas pesetas habian de ser o para el arrendatario, quien quiera que fuese, o para el municipio que es la representación de la ciudad, y nos parece que si hubiese que elegir no sería dudosa la elección.

TIJERETAZOS

El Nacional viene pesimista. A la cabeza del número de ayer, primera columna y en letra muy gorda, ha estampado esto: «Todo falso.» Por poco se incomoda el colega. ¿Y qué se falsifica? ¿Unos cuantos billetes y unas cuantas monedas? De todos modos, esos billetes son allende la península algo así como papel de estraza. Y las monedas no pasan tampoco. Conque tanto monta que los falsifiquen como que los dejen incógnitos. No pasan. El emperador de Marruecos se ha dado un paseito al frente de su ejército moro.

Y ha sometido kabilas numerosas que andaban revueltas.

Y de los cautivos ¿qué? ¿Se sabe donde están? No sé por qué tengo que va á ser simultáneo su rescate con el hallazgo de Santa Cruz de Mar pequeña.

Como los moros son así, tan francotes y nosotros tan olvidadizos... vamos, que me parece que va á haber comisiones y notas para un rato.

Los periodistas del Congreso, es decir los que son diputados, han acordado una medida salvadora... para ellos.

Denegar los suplicatorios para procesar diputados por causas políticas.

Esto se llama arrimar el ascua á la sardina.

Los salineros de Cádiz han hecho causa con los parados declarados en huelga.

Con lo cual la tacita de platapierde la condición que la distingue sobre todas.

La de hospitalaria.

¿Cómo va á ofrecer ahora el pan y la sed á los que llapan á sus puertas?

Problemas de Medicina naval

II

Las enfermerías de combate, los primeros auxilios y la conducción de heridos han sido también objeto de animada discusión. Ellos encierran sin duda alguna, los tres problemas más importantes de los combates navales modernos, bajo el punto de vista médico. Los médicos de Marina de todos los países, los hemos estudiado con afán y los hemos discutido con apasionamiento. Sin embargo, ninguno de los tres se halla todavía resuelto.

Los antiguos buques de guerra, cuando su tonelaje lo permitía, contaban siempre con locales más ó menos espaciosos y bien ventilados, encerrados en las mismas entrañas del buque por debajo de la flotación, donde los heridos y los médicos se encontraban á cubierto del fuego enemigo. En nuestros tiempos no se ha atendido con la misma solicitud este servicio y los colores que surcan los mares ofrecen en este punto un vacío que no se ha logrado llenar. En cuanto á los cruceros y buques de mediano y pequeño tonelaje el problema ha sido planteado en todas partes con rara unanimidad.

Los médicos chilenos, los peruanos, los japoneses, los extranjeros que servían en los barcos chinos, los americanos en los buques pequeños, y nosotros mismos en Cavite, adoptamos como sitio único posible para la enfermería de combate las cámaras de oficiales, sirviéndonos la mesa del comedor de mesa de operaciones y nuestros propios camarotes para alojamiento de los heridos. Con esto dimos una solución de momento al problema, pero sin que de ningún modo llegáramos á resolverlo. Y lo creo así, porque no puede considerarse como definitivamente resuelto un asunto de esta naturaleza con la adopción de una medida que deja á merced del fuego enemigo á los heridos y á los médicos. Sencillamente es, como si en una batalla campal se llevaran á las avanzadas no sólo los puestos de socorro, sino los mismos hospitales de sangre. Como los hechos son más elocuentes que las palabras, vamos á citar algunos ejemplos.

En el combate naval de Yald una granada enemiga al explotar en la cámara de oficiales del crucero japonés «Hiyet», donde se hallaba establecida una de estas infusas enfermerías, mató al personal sanitario que en ella se encontraba, y durante toda la noche y parte del día siguiente no fué posible prestar el menor auxilio á 35 heridos que había á bordo; porque el material de curaciones había quedado destruido al incendiarse la enfermería. Una cosa igual, ocurrió también en nuestro crucero «Reina Cristina». Tenía, como el japonés, instalada la enfermería de combate en la cámara de oficiales y en el manpape que le separaba de la máquina hizo explosión una granada americana, que inundó de vapor la enfermería, provocó un incendio en sus proximidades, mató al capellán, al enfermero y á unos cuantos heridos y destruyó casi todo el material quirúrgico y de curaciones. Sin la voluntad firme y decidida de los médicos del barco, Sifigo y Perilles, milagrosamente librados del siniestro, cuyo valeroso y humanitario comportamiento fué objeto de las mayores alabanzas en la escuadra, no sé cómo hubieran podido seguir curando á los demás heridos en un barco devorado por las llamas de un horrendo incendio. Recordemos por último, al médico del crucero «D. Juan de Austria», al héroe Ballesteros, herido mientras curaba á sus heridos, y dígasenos si no debe procurarse remediar un mal que origina tan lamentables contratiempos. El acacamiento de una desgracia ha

despertado siempre el deseo de prestar un pronto y eficaz auxilio. Esto ocurre en la vida ordinaria de la población civil, y esto ocurre también en la vida militar, lo mismo en el cuartel que en el campo de batalla; en ninguna parte se ha realizado con tanta eficacia como en los buques de la Armada. Las razones que para ello ha habido hasta ahora no pueden ser más claras.

En un espacio relativamente pequeño, como el que en realidad correspondía al buque de mayor tonelaje de hace veinticinco años se reunían quinientos ó seiscientos hombres, que al poco tiempo de embarrados eran todos, sino amigos, por lo menos conocidos y estaban ligados unos á otros por algún vínculo más ó menos estrecho. En los momentos trágicos del combate esta fuerza quedaba repartida principalmente entre la cubierta y la batería, de suerte que al ser herido uno cualquiera había veinte, cincuenta, ciento que lo presenciaban y le podían auxiliar. Y bien porque el médico acudía al sitio del accidente, ó porque el herido se trasladara por sí mismo á la enfermería, ó porque lo condujeran los encargados de prestar este servicio, el tiempo transcurrido entre caer herido y ser curado, en realidad no podía ser mucho, de modo que el auxilio podía considerarse inmediato. Pero en los modernos acorazados todo ha cambiado de aspecto.

Lo primero que se hace, ó que debe hacerse, antes de romper el fuego, es cerrar herméticamente las puertas y pasos que en circunstancias normales establecerían la comunicación entre los diversos departamentos. Además, tienen multitud de compartimientos estancos sin la mejor comunicación entre sí, y los quinientos ó seiscientos hombres que dotan las fortalezas flotantes actuales, se hallan desparramados por el barco de tal suerte, que difícilmente puede establecerse entre ellos la debida conexión. Repartidos entre las torres, los reductos, las baterías, las máquinas, las cámaras de calderas, las cámaras de torpedos, los servomotores, los pañoles y las cofas militares, un cubo acústico ó un hilo telefónico, cuya utilidad en los momentos críticos suele ser algo problemática, constituyen su único lazo de unión. Es posible, en semejantes condiciones, prestarles con la rapidez debida el auxilio que la importancia de sus heridas reclaman? Para que se vea que no es preciso llevar las cosas al último extremo para ponerlas bien de rollo, vamos á permitirnos refe-

Apareció el lúgubre cortejo; entre los soldados caminaba el rey. Precedíanle frailes con largas capas negras y coronas que les cubrían el rostro, dejando únicamente descubiertos los ojos. A su vista el pueblo se estremeció.

Seguía la guardia real compuesta de mocetones lituanos que llevaban túnicas de piel de alce.

Caraban la procesión otros alabarderos; en el centro, entre los estrados del tribunal, que debía leer la sentencia y el sacerdote que llevaba la cruz, iba Zbishko.

Hacia él se volvieron todas las miradas; llevaba el kúnfuce blanco bordado de oro y parecía un príncipe de ilustre prosapia. La estatura, los hombros bien cuadrados, el pecho amplísimo le hacían parecer un hombre maduro, pero su hermoso rostro ovalado de ébano ó de oro que batan por sus espaldas le daba un aire infantil.

Zbishko andaba con paso firme y resuelto, pero su rostro estaba pálido; tan pronto miraba á la multitud como levantaba los ojos al acompañario que señalaba su última hora.

Un ramo de flores lanzado por una joven del pueblo cayó á sus pies; él se inclinó y recogiólo sonriéndole á la muchacha que rompió en amargo llanto.

La multitud contenida por los alabarderos se mos-

traba cada vez más tumultuosa, y aunque los dos tercios de la población de Cracovia fuera alemana, oíanse frecuentes maldiciones á los temparios.

—Infamia! Infamia! muerte á los que hacen matar á los niños! vergüenza al rey y á la corte!

Los lituanos miraban al pueblo frunciendo el entrecejo, pero no se atrevían á hacer uso de sus armas; el capitán de los alabarderos consiguió hacer retroceder algi. á la multitud y el cortejo empezó á subir los primeros escalones del cadalso. Apenas Zbishko y el sacerdote habían llegado á él cuando el caballero Povala adelantándose con Danusia en brazos gritó:

—Deteneos!

Su voz fué tan fuerte que la comitiva se detuvo de pronto, y ni el capitán, ni los alabarderos tuvieron valor para impedir el paso á aquel caballero que en el castillo habían visto junto al Rey.

Povala, acercándose á Zbishko le presentó á Danusia vestida de blanco, y éste, pensando que llevaba el caballero para darle un último adiós la estrechó afectuosamente contra su pecho; pero ella en vez de abrazarlo, arrancó el velo blanco de su cabeza y cubriendo enteramente el rostro de Zbishko gritó:

—Es mío! es mío!

—Es tuyo! exclamaron todos los caballeros.

Zbishko y Danusia, entre los aplausos de todos, postráronse á los pies de la princesa Ana Danuta.

—Viva la joven pareja!

—Viva! contestaron todos.

—Ilustres señores, dijo el magistrado, los esposales deben celebrarse en seguida; así lo quiere la costumbre.

—Cúmplase, pues, exclamó la princesa radiante de alegría; en cuanto al matrimonio es preciso obtener el permiso del padre de Danusia, Jarand de Spichov.